



blo desde una perspectiva desusada. Cuando estábamos en lo alto del montículo que domina la estación del Norte, mi inglés volvió a exclamar:

—Delightful!

* * *

Nuevamente la panorámica había cam-

biado, y si las otras eran bellas, ésta no les iba en zaga. Rentería, Pasajes, Lezo, allá, más lejos, San Sebastián... eran verdaderas joyas engarzadas en el multicolor paisaje. Entonces me di cabal cuenta de que Rentería dista mucho de ser "feo" y que tiene muchas cosas que enseñar a un turista que busca belleza. La Naturaleza le ha mimado a despecho del descuido de sus pobladores...

Acompañé cabizbajo al inglés hasta el coche y me despedí de él:

—Goodbye!...

Y andando carretera de Lezo hacia Rentería, vi pasar el Talgo camino de Madrid. ¡Pobres! —pensé por los viajeros que iban en él—, ¡mira que no detenerse en Rentería... con las excepcionales panorámicas que tiene!...

Y pensando en estas cosas, y también en dónde carraspios habré visto yo un inglés y menos hablado (?) con él, y aún menos acompañándole en su coche, llegué al cruce de la Estación y tirando hacia el puente del Hospital... me tapé la nariz desesperadamente...

De toreros

Soy, dentro de los que escribimos en "OARSO", de los que no tienen edad suficiente para haber visto y conocido a tipos que, en otro tiempo, dieron sabor al pueblo. Hubo bastantes de éstos, según cuentan, y por su modo de vivir —en continua anécdota— merecen que no se les olvide.

Siempre hay en los números de "OARSO" artículos dedicados a alguno de ellos. Y a mí me gustan esas modestas crónicas que nos enseñan a los renterianos de hoy lo que fueron nuestros antiguos. Supongo que es una manera, quizá un tanto artificial, de hacer que continúe ese espíritu tan propio que caracterizó al pueblo.

Por eso, al no poder hacer esta función de cronista, pues mi referencia saldría, además, deslavazada y sin gracia, uno tiene que ir mirando al pueblo con cuidado o intentando darse cuenta de las menudencias que en él se van sucediendo y que le añadan una faceta hasta entonces inexistente.

Sobre una de éstas es sobre la que quiero escribir y es, precisando, de toros de lo que trata este artículo.

En Rentería, que yo sepa, no se tienen muchas referencias taurinas. Algunos recuerdan aún a un renteriano que no tuvo ocasión de hacer más que la primera y única espantada de su vida. Me refiero a Marcos, "El Barbi". Su afición por los toros era enorme, siendo raro el cliente que no saliera de su barbería rezumando verónicas.

Dos hechos caracterizaron su vida taurina. El primero fue que un buen día —feliz día aquel— apareció por su barbería "El Bonarillo", un exnovillero. Entonces se morían muchos matadores —y no precisamente por cornada— sin haber pasado nunca de novilleros, ya que el doctorado ha sido siempre una cosa voluntaria que parece va siendo obligatorio

el hacerlo. Marcos lamentó no tener más clientela aquella mañana. Lo afeitó esmeradamente, dejó pontificar al maestro, le dio loción y, al final, lo despidió sin cobrarle un céntimo. Con todo esto, Marcos fue subiendo en el ambiente taurino renteriano. Y, cuando llegó a las nubes, decidió torear por unas "Magdalenas" en la plaza que entonces se montaba en el frontón.

Esto ocurría hacia 1914. El paseíllo por las calles del pueblo fue solemne, la emoción del momento intensa y los novillos unas cabras locas que no hubo quien los parase. Ya en el ruedo, "El Barbi" se arruga, descomponen la figura y con pánico loco oye que desde el público su suegro le grita: "Marcos, no te tires ¡que tienes hijos!" Total, que "El Barbi", tras numerosas composturas, pincha en hueso, doblándose el estoque y no el becerro. Siente la espantada y abandona la plaza entre la fuerza pública. Desde aquel día "El Barbi" volvió a llamarse Marcos.

Pero resulta que muchos años después (hace pocos) viene sucediendo en Rentería algo que a mí me extrañó y que creo añade al pueblo una de las facetas de que antes hablaba.

Una mañana calurosa de verano —en plena Semana Grande donostiarra— vi, con asombro, una chaquetilla torera, rosa y oro, colgada de una de las ventanas de una residencia del pueblo. La cosa me llamó la atención, aunque no volviera a acordarme de ella. Días más tarde me enteré de que Diego Puerta y su cuadrilla habían dormido en la citada residencia.

Al año siguiente volví a saber que la misma cuadrilla estaba en el pueblo. Hacia las cuatro y media de la tarde fui a verles salir. Lo hicieron en silencio. El maestro, sonriente, saludó a los críos que había por allí, un

banderillero los fue apartando, y el chófer abrió las puertas del viejo "Hispano". Segundos más tarde se perdían camino de San Sebastián.

Desde entonces, todos los años, dos o tres cuadrillas se hospedan en el pueblo, y desde entonces también, cada mañana de día de corrida en San Sebastián, pienso que una cuadrilla, huyendo del barullo de la capital, descansa en Rentería.

Me imagino que hacia las dos despertarán al maestro, aún cansado del viaje. En pijama, tomará algo ligero que se lo traerán de un bar cercano. Después irá apareciendo en su habitación el resto de la cuadrilla. Con esto comenzará el rito de vestir al matador. Primero las medias, luego la taleguilla, la camisa, la faja y el chaleco. Y, mientras él se hace el nudo de la corbata, el mozo de estoches le apretará los machos y le ajustará la coleta postiza. Todo con tranquilidad, sin amigos molestos de última hora.

Entretanto, el chófer va bajando los bártulos que los amontona encima del coche, junto al botijo. Lustra después puertas y manillas y, fumando un puro, espera a que todos bajen.

Al maestro lo han dejado por un momento solo. Ante las estampas y velas colocadas en la mesilla, reza. Termina, se santigua y, después de distribuir el mozo los capotes de paseo, salen.

Bajan las escaleras montera en mano. Salen a la calle. El sol hace brillar sus trajes. Los críos se apretujan, el chófer pone en marcha el motor del coche y los toreros miran el viento que hace.

Avanzan serios hacia el auto. Los críos aplauden. Entra el maestro, a continuación la cuadrilla. Los picadores apenas caben. Ponen las monteras sobre las rodillas y arrancan. Los críos aplauden más fuerte aún.

Los toreros se van. Algún chiquillo quiere torear, pero no saben iniciar un pase ni hacer el toro. Una pelota de goma abandonada por un rato en medio de la plaza es lanzada al aire. Los críos vuelven a jugar al fútbol.

J. de ABAROAS.